

Sobre paradigmas dominantes y modelos explicativos

Santos Juliá

He leído con cierta curiosidad, y algo de retraso, el artículo de Xavier Domènech sobre el cambio político, publicado en el primer número de *Historia del Presente*. Como a cualquier cosa se le llama hoy paradigma, el artículo comienza con una crítica de un supuesto «paradigma dominante»: interpretar la Transición como un proceso de reconciliación. Tal paradigma se habría luego dividido, por sus propias limitaciones, en cuatro modelos. Para mi gran sorpresa, resulta que yo soy el «representante más destacado» de dos de esos modelos, o sea, de la mitad. Uno es el que Domènech define como «transición por modernización económica»; el otro es exactamente lo contrario, o sea, que «todo fue una cuestión de giro lingüístico». El primer modelo se expone en un «texto clásico»: “Obreros y sacerdotes: cultura democrática y movimientos sociales de oposición”, que presenté en una mesa redonda de un coloquio sobre la oposición al régimen de Franco; el segundo se encuentra en el libro *El aprendizaje de la libertad*, del que somos autores José-Carlos Mainer y yo. En este caso Domènech reconoce que yo no reproduzco los análisis propios del giro lingüístico aunque, en clásica actitud de perdonavidas, añade: tiempo al tiempo.

En alguna ocasión he tropezado con críticas de mis trabajos que, para garantizar su propio éxito, proceden a una sistemática deformación de lo escrito por mí o me hacen decir cosas que jamás he dicho. Domènech se lleva la palma en este método de crítica por falsificación previa. Traer a colación “Obreros y sacerdotes...” –una breve intervención en una mesa redonda– como «texto clásico» de una teoría de la transición por modernización económica carece de sentido. Ni esa expresión aparece nunca en el artículo, ni ese trabajillo va de modernización, ni tiene nada que ver con una explicación por la economía. Ese texto trata de la incorporación de una nueva cultura democrática en la clase obrera y lo hace señalando la aparición de «nuevas organizaciones obreras», Comisiones Obreras; de «nuevas prácticas sindicales», la llamada entonces negociación colectiva y las huelgas a las que iban unidas contenidos políticos; y en fin, de un nuevo discurso o lenguaje político, en el que además de reivindicaciones económicas aparecían objetivos de tipo político como la libertad sindical o la solidaridad con otros obreros en huelga.

Sacar de esas pocas páginas la conclusión de que yo definiendo una interpretación de la transición por modernización económica es gratuito y falso. No hay ni rastro de ese mecanicismo en mi artículo. Es más, ni en él

hablo para nada de la Transición ni es su propósito explicar el proceso, ni intervenir en el debate entre decisionistas y deterministas. A mí, por tanto, no me ha traído ningún problema esa interpretación que gratuitamente se me endilga, ni nadie me ha colado nada por ninguna puerta que yo hubiera dejado desguarnecida: nunca he sido cancerbero de ninguna portería. Si Domènech leyera con menos prejuicios el otro texto con el que supuestamente he tenido que salir al paso de los goles que me colaban, encontraría, más desarrollados, varios de los temas apuntados en ese artículo. Mi contribución “La sociedad”, en el libro *Franquismo*, no rectifica, sino que a veces repite y otras amplía, lo escrito en “Obreros...”: cincuenta páginas dan para algo más que doce.

De giro lingüístico, para qué hablar. Cuando se estudian ideologías, culturas políticas, teorías, ideas, pensamiento, valores, símbolos, creencias, conceptos, o se presta atención al lenguaje o se calla uno. Estudios sobre léxico y lenguaje los hay a montones desde mucho antes de que a nadie se le ocurriera lo del famoso giro. Confundir análisis del lenguaje con giro lingüístico es una muestra de ignorancia, como lo es, supina, escribir que el mercado capitalista integra en una solidaridad “mecánica” —en el sentido durkheimniano del término— la convivencia entre clases. Estas dos confusiones indican bien lo precario de los conocimientos de algunos historiadores que hablan de oídas de cosas que no conocen, a las que no han dedicado atención y sobre las que, sin embargo, pontifican alegremente.

Se ha convertido en una moda exponer los resultados de las propias investigaciones llamando previamente la atención sobre la multitud de presuntos errores, deformaciones, paradigmas dominantes, que esos resultados vendrían a deshacer. Una moda ridícula, sobre todo cuando la propia investigación no hace más que corroborar lo muy sabido: importancia de las grandes fábricas en los conflictos obreros de los años 60, papel que en esos conflictos desempeñó Comisiones Obreras, etc. Todo eso, que es el contenido del artículo de Domènech, forma parte, por emplear la palabreja de moda, del paradigma dominante. Pero si, a pesar de todo, uno quiere darse pisto y entrar a saco en lo que otros han escrito, lo menos que se puede exigir es que no deforme lo criticado, que no lo deforme a su conveniencia, claro está, simplemente para dárselas de original. Si Domènech pudiera aducir una línea, sólo una, en la que haya defendido yo alguna vez la tesis de la transición por modernización económica y otra más en la que hubiera incurrido en la nefanda culpa de reducirlo todo a un giro lingüístico contraería con él una deuda eterna por el impagable favor de sacarme de tantísimo error y devolverme a la ortodoxia. Pero si, como es el caso, no puede traer a colación ni una sola línea en las que yo utilice tales “modelos” ni “paradigmas” para explicar la transición, ¿a qué viene todo esto?.